LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

AÑO XXIII. — NUM. 44.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.
Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
PRECIO DE LA EDICION DE LUJO.
Un año 160 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.—Un mes 16.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 100 rs.—Seis meses 55 rs.—Tres meses 30 rs.—Un mes 11.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
PRECIO DE LA EDICION DE LUJO.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.
EDITOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
PRECIO DE LA EDICION DE LUJO.
Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.
No se venden números sueltos.

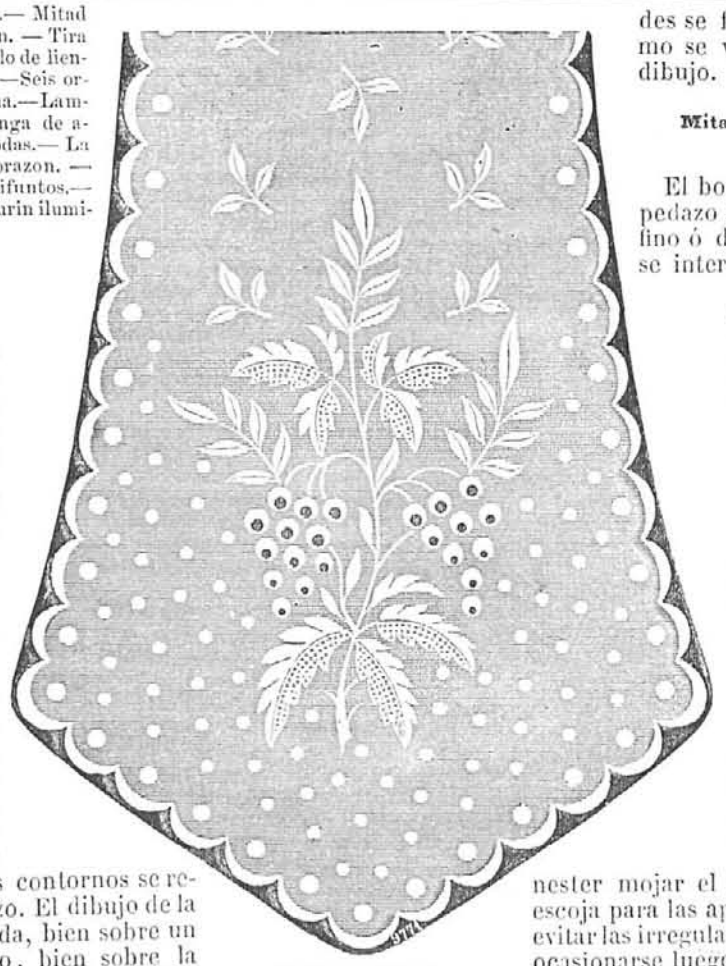
Sumario.—Cabo de corbata.— Mitad de un cuello con aplicacion. — Tira bordada.—Mitad de un cuello de lienzo.—Dibujo para cortinas.—Seis orlas—Abrazadera de cortina.—Lambrequin—Entredoses.—Manga de aplicacion.—Grabado de modas.— La mujer. — Flaquezas del corazon. — La Florida. — El dia de difuntos.— Problema de ajedrez.—Figurin iluminado.

Cabo de corbata.

Se borda esta corbata sobre muselina, al realce, ó sobre tafetan. En este caso se ejecuta el bordado con torzal de seda del mismo color, pero de punto mas claro ó mas oscuro que el tafetan.

Cuello y manga con aplicacion.

El arabesco del medio se ejecuta sobre muselina *doble*, es decir, que se añade un pedazo de muselina *encima* ó *debajo* del cuello, que se festonean sus contornos, y que por fuera de estos contornos se recorta el pedazo. El dibujo de la manga se borda, bien sobre un puño separado, bien sobre la manga misma, como lo indica el dibujo *muy reducido* de la manga entera.



CABO DE CORBATA.

Tira bordada.

De realce; los contornos de las hojas grandes se forman á punto atrás como se vé indicado en el mismo dibujo.

Mitad de un cuello de lienzo y nansouk.

El bordado se ejecuta sobre un pedazo separado de nansouk muy fino ó de muselina; este pedazo se intercala en cada esquina del cuello, que se hace de tela doble, y se pespuntea todo al rededor, así como por los contornos del pedazo bordado.

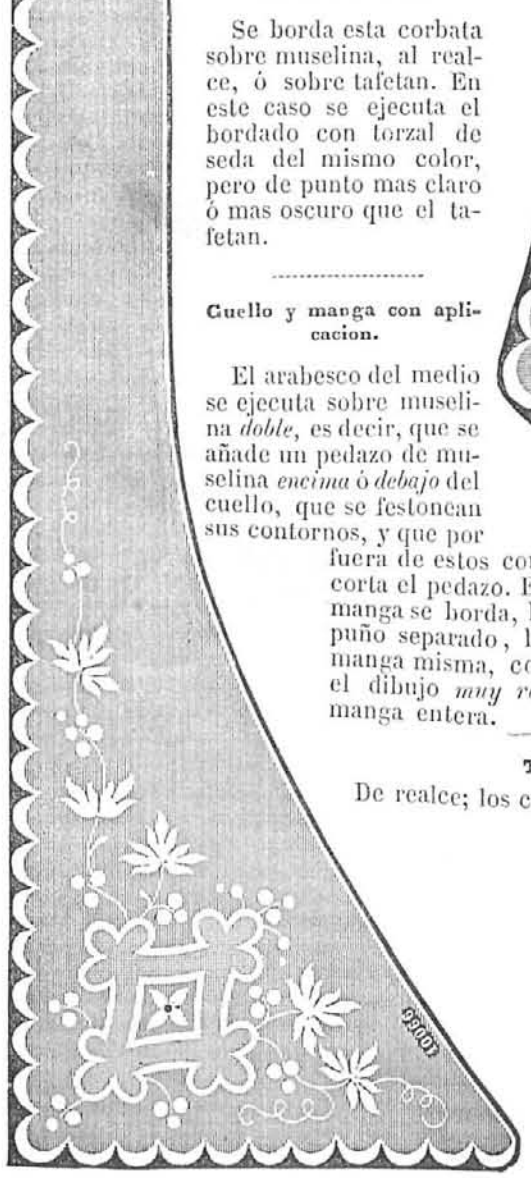
Dos entredoses.

Realce y bordado inglés (véase estos dibujos en la página 348).

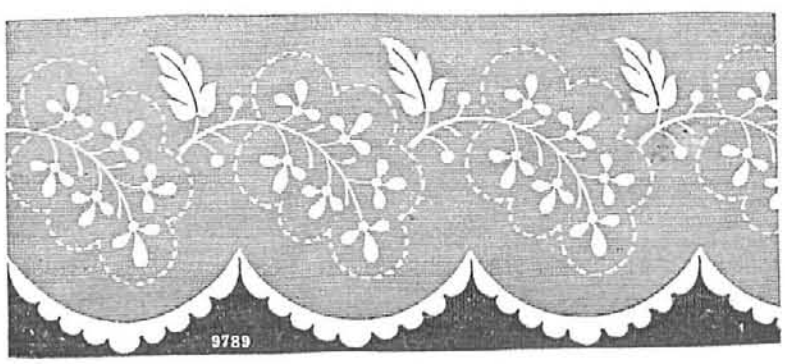
Dibujo para cortinas.

LABOR DE APLICACION.

Se ejecuta esta labor sobre tul de mallas gruesas; las aplicaciones se hacen de muselina ó de nansouk. Antes de emprender la labor, es menester mojar el tul y la tela que se escoja para las aplicaciones, á fin de evitar las irregularidades que podrian ocasionarse luego, ya porque se encogiesen ó porque diesen de sí las telas, al lavarlas despues de terminado el trabajo. Los contornos interiores del dibujo y los ojetes se hacen á punto de cordoncillo con algodon de mediano grueso, y donde quiera que aparece el tul se recorta y se quita la



MITAD DE UN CUELLO CON APLICACION.



TIRA BORDADA.

MITAD DE UN CUELLO DE LIENZO Y NANSOUK.

© Biblioteca Nacional de España

muselina. El interior de las hojas se adorna con puntos de *escala*. Los contornos exteriores, dibujados de blanco, se festonean con algodon grueso, y se recortan por debajo del feston.

Al repetir el dibujo, se puede aproximar ó alejar segun se quiera el ramo grande inferior, teniendo siempre en cuenta la disposicion de los festones.

Abrazadera de cortina.

El dibujo representa algo mas de la mitad de una abrazadera que haga juego con el dibujo de la cortina; el grupo de las cuatro rosáceas señala el medio de la abrazadera; esta se sujeta por un boton y un ojal situados en sus extremos; este boton y este ojal deben hallarse debajo del feston exterior.

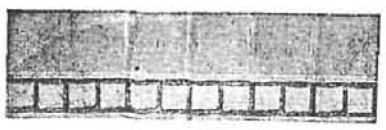
Seis orlas.

La moda de los adornos invade todos los objetos que pertenecen al equipo de las señoras y de los niños, y hasta los mismos dobladillos abdican su sencillez tradicional. Publicamos seis orlas estrechas, que convienen para dobladillos de fichús, de camisetas, de corpiños de muselina, de chaquetas, etc. Algunas veces se colocan estas orlas en el espacio que se encuentra entre muchos pliegues; en fin, se utilizarán para todos los vestidos de niños estos dibujos tan sencillos de ejecutar, tan fáciles de hacer y tan poco costosos.

Estas orlas se harán con lana fina ó grueso torzal de seda; unos son á punto ruso, otros á punto de feston. La correccion y la exactitud de los dibujos nos dispensan de dar una explicacion mas detallada.

DIBUJO PARA CORTINAS, LABOR DE APLICACION.

© Biblioteca Nacional de España



ORLA.

Lambrequin.

MATERIALES.— Reps de lana color castaño, punto medio; esterilla de seda de dos colores; paño blanco: terciopelo negro; torzal de seda de muchos colores.

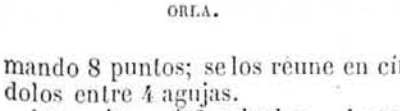
Este lambrequin servirá para guarnecer cestos para papeles, jardineras, etc. Nuestro modelo es de reps de lana color Habana; una esterilla del mismo color, pero de punto mas oscuro, orla los contornos del lambrequin; sobre ella corre otra esterilla de un punto de color mas claro que el del fondo; cada una de estas se festonea sobre el reps por ámbos lados con seda del mismo color. El medio de cada esterilla va adornado con una costura en cruz, ejecutada con torzal negro de lana. El dibujo indica la disposicion de los puntos que forman la costura en cruz: una costura semejante, pero ejecutada con seda mas gruesa ó puesta doble, se hace en el espacio que separa las dos esterillas. Los medallones son alternativamente, uno de paño blanco y otro de terciopelo negro, aplicados sobre el fondo, y fijados por medio de un feston muy separado de seda color castaño; este feston va además rodeado á punto de cordoncillo con seda de color castaño muy oscuro. El contorno dentado se hace á punto de cadeneta con seda negra; los lunares se ejecutan á punto *de nudillo* con la misma seda negra. El ramo de acianos se hace al pasado; el dibujo indica la direccion, y casi el número de los puntos; las flores se componen de tonos diferentes del color azul, las hojas, del verde, todo hecho con torzal de seda; los capullos y los cálices, ejecutados con seda verde, tienen tambien un pequeño enrejado hecho con seda color castaño sobre el bordado al pasado, cuando este se halla concluido. Los acianos colocados por fuera de los medallones son semejantes á los que se acaban de describir.

Capillo á punto de aguja.

El dibujo y el patron de este capillo se encuentran en el número anterior. Corresponde á la figura 41 de la hoja de patrones.

Además de la explicacion de esta labor, hemos publicado el patron de la mitad del fondo del capillo; por consiguiente, será fácil emplear para hacerlo algodon mas ó menos fino, segun se quiera.

Nuestro modelo se ejecuta con algodon para crochet, es decir, muy torcido, del n.º 150. — Las agujas deben ser finas.



ORLA.

Se principia por el medio del fondo, armando 8 puntos; se los reune en círculo repartiéndolos entre 4 agujas.

1.ª *vuelta*.—* 2 echados,—1 punto al derecho, vuélvase á empezar desde * hasta el fin de la vuelta. Se hacen en seguida 4 vueltas lisas al derecho (los 2 echados se hacen siempre juntos como un solo punto).—Se repite la 1.ª vuelta,—4 vueltas al derecho,—otra vez la 1.ª vuelta,—otras 4 vueltas al derecho,—de nuevo la 1.ª vuelta,—luego 4 vueltas al derecho. Si el algodon es grueso, se harán en la última vuelta de dibujo, despues de los 2 echados, 2 puntos al derecho en vez de uno. Se continúa del modo siguiente:

* Menguado (es decir, 2 puntos tomados juntos),—2 puntos al derecho, —2 echados. Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

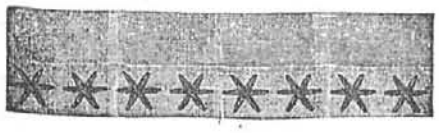
Con este dibujo se hacen otras 7 ó 14 vueltas (segun el grueso del algodon) y se suprime el menguado en una de estas vueltas (la 4.ª ó la 6.ª): en adelante, despues de cada menguado, en vez de *dos* puntos al derecho, se hacen *tres*.

Despues de estas vueltas se hace una *sin* menguado, componiéndose alternativamente de 5 puntos al derecho y de 2 echados,—viene en seguida una vuelta *con* menguado, es decir, hecha de este modo: menguado,—4 puntos al derecho, —2 echados; —repítase siempre en el mismo órden. Despues de esta vuelta, se comienza el dibujo propiamente dicho del fondo.

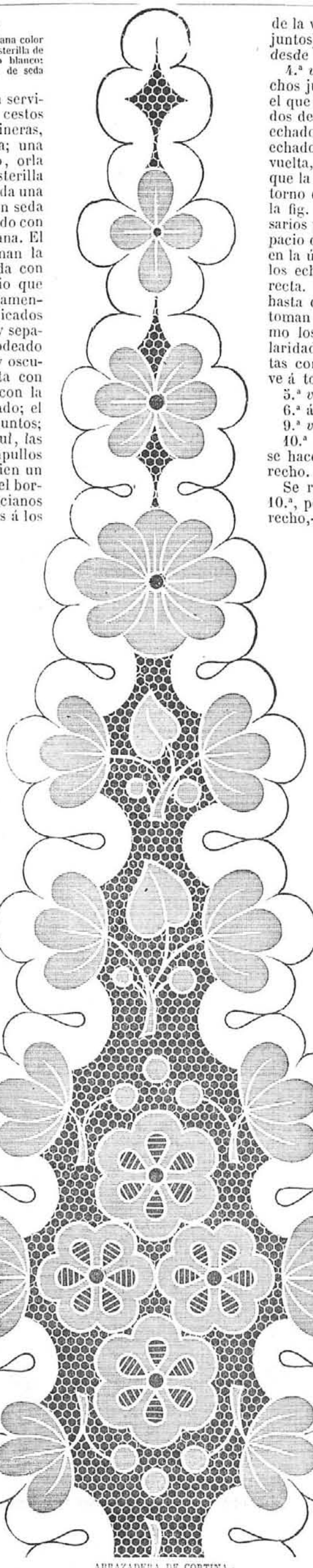
1.ª *vuelta*.—Lisa, al derecho.

2.ª *vuelta*.—* Menguado,—4 al derecho, —2 echados. Vuélvase á empezar desde *.

3.ª *vuelta*.—* Menguado,—1 al derecho, menguado, — 2 echados, — 1 al derecho (este último se compone de los 2 echados de la vuelta anterior tomados juntos)—2 echados. Vuélvase desde *.



ORLA.



ABRAZADERA DE CORTINA.

4.ª *vuelta*.—* 3 puntos hechos juntos (el del medio es el que se halla entre los echados de la vuelta anterior), —2 echados, —3 al derecho, —2 echados. Vuélvase desde *.—Se empieza de nuevo desde la 1.ª vuelta, primeramente muchas veces todavía en redondo, hasta que la labor tenga 7 centímetros desde el centro hasta el contorno exterior, es decir, desde la estrella hasta el punto (véase la fig. 41); en seguida se desmonta el número de puntos necesarios para el rebajo de la nuca, es decir, para el duplo del espacio que se encuentra entre el punto y la cruz de la fig. 41, y en la última repeticion del dibujo se abandona el menguado y los echados de la 4.ª vuelta, á fin de formar un borde en línea recta. Con los puntos conservados se sigue repitiendo el dibujo hasta que el fondo tenga el tamaño que le señala el patron. Se toman en seguida los puntos de la orilla de cada lado, así como los desmontados de la nuca, colocando crecidos con regularidad en las esquinas de delante, y se hacen primero 4 vueltas con algodon fino; el derecho de estas es su revés;—se vuelve á tomar el algodon torcido, y se hace la

5.ª *vuelta*.—* 2 echados,—menguado. Repítase desde *.

6.ª á 8.ª *vueltas*.—Enteramente al derecho.

9.ª *vuelta*.—* 2 echados,—2 menguados. Vuélvase desde *.

10.ª *vuelta*.—De cada uno de los dos echados de la anterior, se hace un punto al derecho y otro al revés, —lo demás al derecho.

Se repiten otras 3 veces alternativamente las vueltas 9.ª y 10.ª, pero haciéndolas encontradas; en seguida 2 vueltas al derecho,—se repite la 5.ª vuelta, luego desde la 1.ª á la 4.ª con el algodon mas grueso, y se desmonta. La guarnicion del capillo se compone de un rizado de tul ó encage, con cometillas de cinta.

ORLA.

LA MUJER.

BOSQUEJO.

La humanidad ha pasado y le restan todavía que pasar dolorosos dias de prueba. En ese eterno combate de ideas que nacen y preocupaciones que mueren: en ese océano de pasiones encontradas, de sucesos imprevistos, de dudas y creencias, de grandes sueños y de mezquinas realidades, se agita constantemente el espíritu humano, ansiando siempre la luz, siempre en busca de lo desconocido, poniendo los ojos en el pasado y la imaginacion en el porvenir. En todas sus alternativas, en todas sus vicisitudes ha tomado una parte muy activa la mujer.

ORLA.

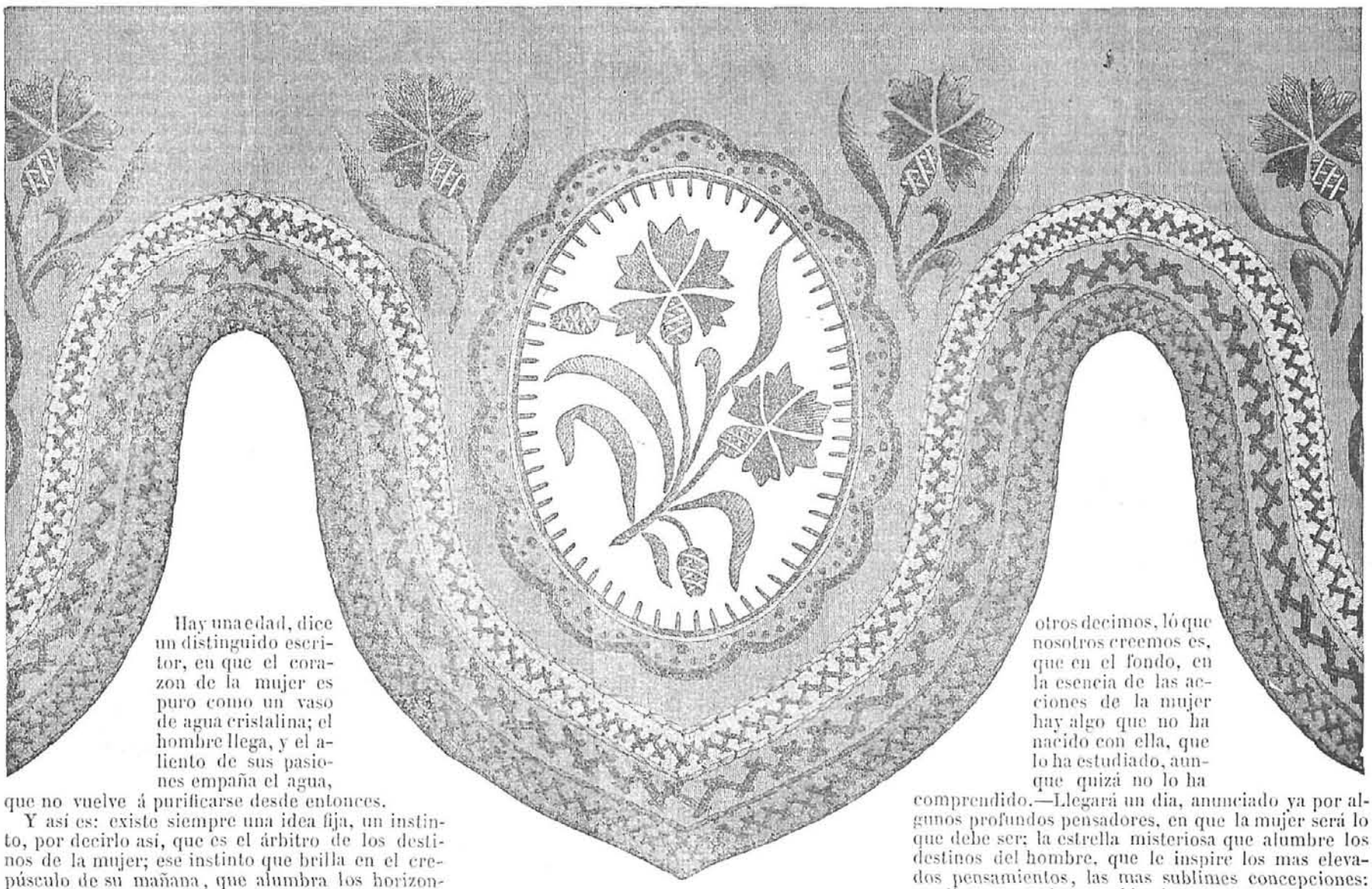
No tratamos de remontarnos á épocas muy lejanas, aunque tal vez en ellas encontraríamos preciosos detalles para nuestro cuadro: no turbaremos el sueño de la heroina de Bethulia ni de la suicida de Lesbos, haciéndolas aparecer en primer término, rodeadas de todas sus grandezas, de todas sus debilidades. Desde Eva hasta hoy, creemos que los sentimientos, que el carácter de la mujer, si alguna modificacion ha sufrido, ha sido aparente, nunca real.

Ya se llame Cleopatra ó Lucrecia; ya robe al hombre sus pensamientos, como madama Stael, ó le usurpe su traje como Jorge Sand, la mujer se adivina siempre, aunque no se comprende jamás.

En efecto, ¿hay algo mas incomprensible, algo mas misterioso que ese ser, mezcla confusa de aspiraciones buenas y malas, de generosos impulsos y de triviales afecciones; ese ser que, revestido de las galas de la hermosura, rodeado de esa aureola de pureza y de encanto que ha ceñido á su sien el desvarío del hombre, forma una parte la mas considerable y mas considerada sin duda en nuestras modernas sociedades? Ser que nace esclavo y cobra tributos á la libertad; que crece para hacer nuestras horas dulces y serenas, y es el orígen de las tempestades del alma; que muere al fin, llevándose á la tumba nuestras ilusiones, nuestros delirios, acaso nuestra felicidad.

ORLA.

© Biblioteca Nacional de España



LAMBREQUIN.

Hay una edad, dice un distinguido escritor, en que el corazon de la mujer es puro como un vaso de agua cristalina; el hombre llega, y el aliento de sus pasiones empaña el agua, que no vuelve á purificarse desde entonces.

Y así es: existe siempre una idea fija, un instinto, por decirlo así, que es el árbitro de los destinos de la mujer; ese instinto que brilla en el crepúsculo de su mañana, que alumbra los horizontes de su vida, que le muestra en lontananza el porvenir, es el que la conduce al ara de la dicha, ó la arrastra á los abismos del infortunio. Esa idea alimentada por la calma de sus dias, por el insomnio de sus noches, ha sido la que ha llenado los anales de su historia de mártires y de heroinas.

Vedlo: débil por naturaleza, nos presenta para desmentirnos á María Coronel, Juana de Arco, María de Padilla; tímida por reflexion, no se avergüenza de ostentar en sus páginas los nombres de Judith, Dalila, Margarita de Borgoña; incrédula por costumbre, se enorgullece aun con los recuerdos de Safo, Eloisa, Santa Teresa. Víctimas unas de pasiones mundanas; esclavas otras de una virtud de la que nadie les pedia cuentas; sujeta la última á la atraccion de un amor infinito, eterno, porque no era humano.

Hay una preocupacion muy arraigada respecto á la educacion de la mujer: desde sus primeros años, y en nuestro país mas que en ningun otro, se educa á la mujer para que brille, no para que piense; se la enseña el arte de agradar, no el arte de vivir; y ya conseguido este objeto, se la arroja al mundo alzada sobre el pavés de la belleza, defendida con el escudo de la virtud, armada con la seduccion del amor. Belleza pasajera, virtud egoista, amor mentido ó interesado.

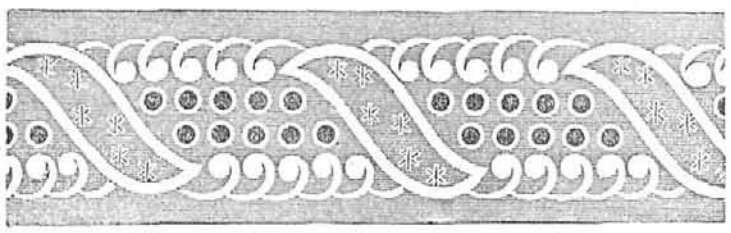
Y no es esto decir que la mujer no obra por inspiracion propia; no es esto decir que su imaginacion no sea capaz de abrigar grandes ideas, ni su corazon de latir con emociones tiernas y positivas, no; lo que nosotros decimos, ló que nosotros creemos es, que en el fondo, en la esencia de las acciones de la mujer hay algo que no ha nacido con ella, que lo ha estudiado, aunque quizá no lo ha comprendido.—Llegará un dia, anunciado ya por algunos profundos pensadores, en que la mujer será lo que debe ser: la estrella misteriosa que alumbre los destinos del hombre, que le inspire los mas elevados pensamientos, las mas sublimes concepciones: un dia en que, desvanecidos los errores que son hoy el orígen de tantas dudas, empiece ese imperio santo de la verdad y del espíritu, que será para el alma el anuncio secreto, el pensamiento lejano de esa otra vida de amor y de esperanza, cantada por todos los poetas desde Moisés hasta Zorrilla,—desde Homero hasta Lamartine.

Entonces, y solo entonces, habrá realizado por completo la mujer su mision civilizadora, que es llevar la paz y el consuelo á los oprimidos y á los tristes; unir con lazos indisolubles todo lo que es hoy efímero y deleznable, y restaurar de acuerdo con el hombre, el encantado alcázar de la esperanza, que el materialismo va desplomando poco á poco, y sin el cual la existencia acabará por ser un trabajo fatigoso y estéril.

Nosotros saludaremos con placer la aurora de ese dia; nosotros que hemos rendido siempre un culto apasionado á la mujer, que es á nuestros ojos la piedra angular de la humanidad; á ese ser á quien invocamos en nuestros sueños, á quien divinizamos en nuestros delirios, á quien acudimos en nuestras aflicciones.

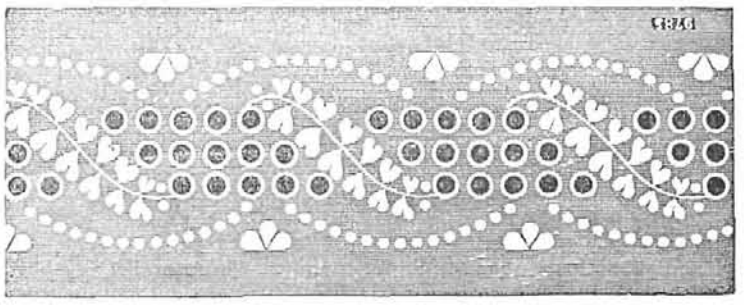
Ser que no se comprende y se adora; que no se oculta y se admira; ser á quien respetan todos, pero á quien calumnian los mas.

MANUEL DEL PALACIO.

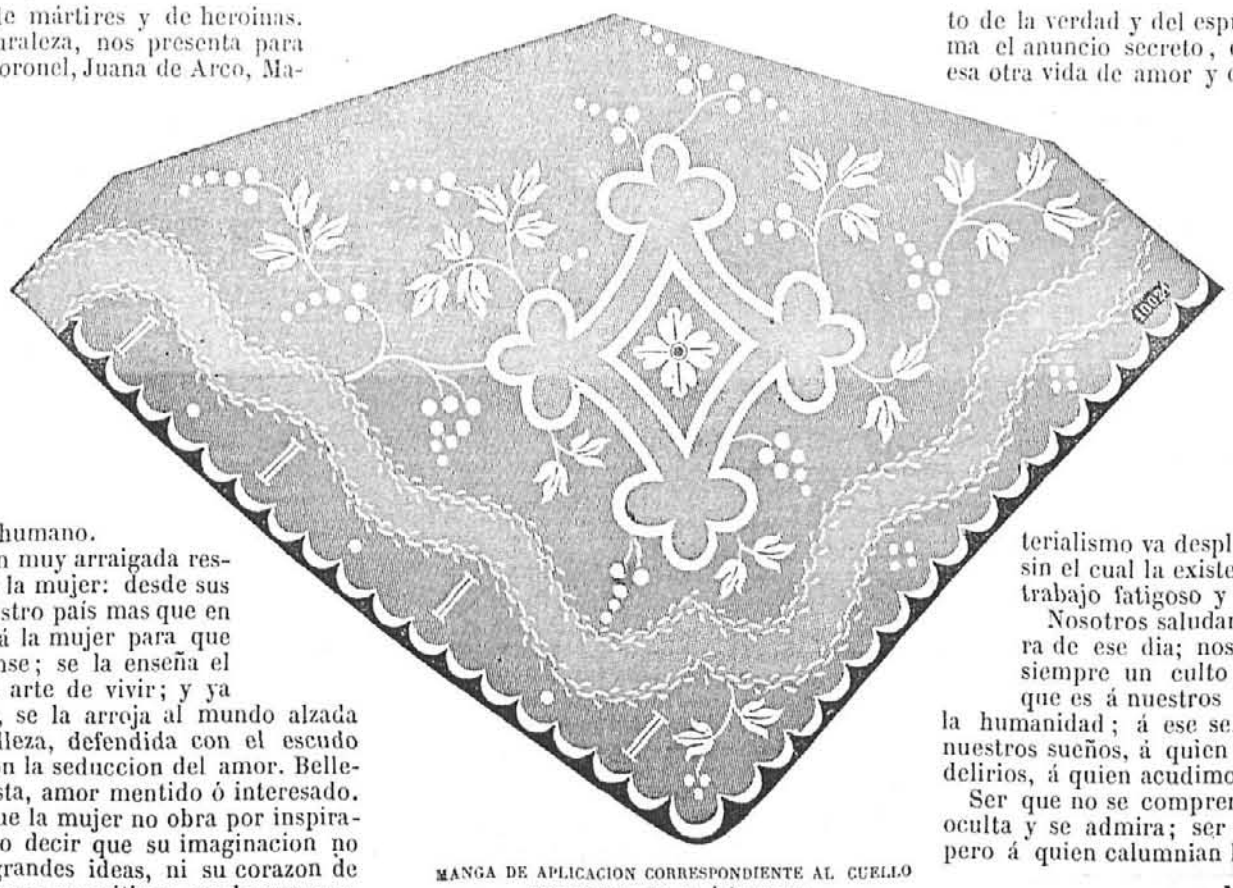


ENTREDOS.

MANGA DE APLICACION.



ENTREDOS.



MANGA DE APLICACION CORRESPONDIENTE AL CUELLO QUE FIGURA EN LA 1.ª PAGINA.

© Biblioteca Nacional de España

FLAQUEZAS DEL CORAZON.

Un dia de otoño, cerca de mediodia, cruzaba un jóven los baños de Augusto en el jardin de Nimes: miraba las límpidas aguas en que el sol reverberaba sus resplandores, y caminaba despacio con las manos guardadas en los bolsillos del pantalon é inclinada la frente. Parecia un anticuario resuelto á resolver un problema de arqueología; mas cuando levantaba la cabeza, dos expresivos ojos azules, y un semblante de melancólica y trasparente palidez revelaba un pensamiento mas dulce, mas tiernas imágenes. Los ancianos que van á calentar sus arrecidos miembros en los silenciosos senderos del jardin, se sonreian al verle empujar con indolencia las hojas muertas, y mas de uno decia meneando la cabeza:—El amor anda por ahí.

Seguia el jóven á la ventura las revueltas de una oscura senda, y entre un grupo de acacias que llovian sobre el suelo sus florecillas doradas, delante del templo de Diana, divisó una mujer apoyada sobre el roto pedestal de

una columna. El ruido de los pasos del mancebo la hizo volver la cabeza descubriendo su lindísimo rostro, en el que brillaba una lágrima trémula entre pestañas negras. Un súbito carmin coloreó sus mejillas.

—¡Pobre mujer! dijo el jóven para sí; tambien padece, y siguió su camino.

Una hora despues, á la puerta de las Mensagerías llamaba el conductor á los viajeros, uno tras otro. Cuatro robustos caballos enganchados á la diligencia de Clermont-Ferrand relinchaban y se agitaban en deseos de partir.

—¡M. Leon de Artigues! gritó el conductor.

—Presente, contestó el jóven de los ojos azules, saltando de un brinco á la berlina.

—¡Madama Berta Tubenal!

Acercóse una señora rebozada en un chal negro. Volviése Leon y reconoció su encuentro del templo de Diana.

Solos estaban en la berlina Berta y Leon. Tenia la jóven inclinada la cabeza sobre el seno, pero sin verle conocia que el jóven la miraba de reojo, no se atrevia á alzar la vista y se ruborizaba bajo el velo. Para sacudir esta sensacion, se acercó á la portezuela, descorrió el cristal y miró la campiña ocupada por los vendimiadores. Leon siguió el movimiento y de este modo se colocaron de espaldas. El viento que del mar venia calmó la agitacion infantil de Berta: los cantos de los vendimiadores borraron de la mente de Leon el recuerdo de su vecina. Extendió Berta los graciosos piececitos y se acurrucó en un rincon con la monada de una gata perezosa. Leon cruzó las piernas y dejó caer la cabeza sobre los cojines. Sin embargo, por la tarde, cansada Berta sin duda de meditar, dió alguna libertad á sus pupilas, y una mirada que atravesó las mallas de su velo se dirigió al semblante de su silencioso compañero.

—¡Qué pálido está! dijo, y otra mirada siguió á la primera.

En seguida se le ocurrió la idea de lo extraño que era que un muchacho tan jóven estuviera tan triste. Y vuelta á mirar y observar que tenia hermosos ojos y frente despejada.

Dos sentimientos se despertaron á la par y flotaron en su espíritu como esas leves llamas que brillan en las praderas las noches de verano: algo de despecho y un poco de curiosidad. Con lánguida mano apartó el velo que cubria sus facciones y abandonó á las brisas de la tarde los rizos de sus cabellos rubios. Leon suspiró y se ocultó el rostro con las manos.

Una idea repentina iluminó el corazon de la viajante.

—¡Pobre jóven! ¡Está enamorado!

A las ocho pararon á comer en una aldea, y Leon asió la linda mano de su compañera para ayudarla á apearse. Ella le dió gracias con una purísima mirada.

—¡Oh Dios! dijo Leon, está de luto: tan jóven, tan linda y ya desgraciada!

A la salida de la aldea habia una cuesta, entrambos la subieron á pié. Ensanchaba la luna su disco sobre el horizonte y bañaba con trémulo fulgor las primeras pendientes de Cevennes cubiertas de castaños. Caminaba Leon junto á Berta: no se hablaban, pero un conductor invisible trasladaba de uno á otro los secretos pensamientos que rebosaban en sus corazones. En lo alto de la cuesta se sentaron.

Leon dirigió sus ojos hácia el trozo de horizonte que ocultaba el Languedoc: abriéronse sus labios para entonar un canto lastimero cuyos suaves acentos volaban hácia el valle en alas de la brisa. Berta se estremeció, apoyó la cabeza entre las manos y comenzó á escuchar con el corazon así como Leon cantaba con el alma: pero no podia contener sus lágrimas.

—¿Qué teneis, señora? exclamó Leon asiendo las manos de Berta.

Quiso ella sonreirse y clavó sus ojos húmedos de

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de poult de seda maiz.—La enagua va guarnecida por dos anchos bullones dispuestos á pliegues encontrados, y separados por rosetas con los bordes recortados, rodeadas por un encage estrecho blanco, que corre tambien sobre el bullon superior: corpiño semi-escotado; mangas largas; el corpiño y las mangas tienen por guarnicion rosetas semejantes á las de la enagua, pero mas pequeñas; un bullon guarnece el borde superior de la manga; cinturon ancho y largo de cinta del mismo color que el trage; peinado compuesto de margaritas de color de púrpura.

Trage de tafetan blanco.—La enagua se guarnece con tres bullones de gasa de seda blanca, sobre los cuales corre un rizado de tafetan blanco, dispuesto en ondas, adornado en cada entrada por una roseta de cinta, en el centro de la cual se vé una cuenta blanca muy gruesa. Corpiño escotado de tafetan cereza, que termina por siete cabos redondeados, mas largos por detrás que por delante, guarnecidos con un fleco de bolillas de pasamanería negra; la manga corta, de tafetan blanco, va cubierta por 3 presillas redondeadas de tafetan cereza, con un fleco como el anterior; el peinado se compone de una dalia blanca y de fúcsias color cereza.

© Biblioteca Nacional de España

llanto en los de Leon.

—Nada, dijo, nada; un recuerdo que me ha despertado ese romance.

—¡Ah! ¡vos tambien! exclamó Leon.

—Pues qué, ¿no es la casualidad la que os ha dictado esa cancion?

—¿La casualidad? no; muchas veces la he oido cuando era feliz.

—Y ahora, como á mí, solo os recuerda amargas memorias.

—¡Vos tan jóven y tan bella! Pero Dios, señora, se apiadará de vuestros sufrimientos, al paso que para mi no hay esperanza.

—¡A vuestra edad! eso es una blasfemia; esperad, esperad.

Se acercaba la diligencia, y la voz del conductor interrumpió su conversacion.

Esta breve conferencia fué como el rayo del sol de mayo que derrite las nieves: ya no se rebozó la señora con el celoso velo, y el jóven no hizo caso del paisaje que se desplegaba vagamente á favor de los blandos destellos del cielo tachonado de estrellas. Las noches tibias y bañadas de luz son favorables para pensamientos dulces, y parece que los ensueños gratos flotan en el aire con los balsámicos aromas del tomillo y la retama. Un sueño perfumado cerró los párpados de entrambos viajeros, y se perdieron sus almas en el aéreo reino de los sueños.

Al amanecer, una sacudida despertó á Leon: al abrir los ojos vió á su vecina que dormia dulcemente con la cabeza apoyada en su hombro. Un malicioso embite del carruaje la habia empujado hácia él, y Leon no se atrevió á acusar al destino, pero evocó el recuerdo de la amiga ausente, y tomó animosamente la resolucion de mirar al campo. El céfiro de la mañana levantó los dorados rizos que inundaban el cuello de Berta, y los envió á las mejillas de Leon que contemplaba á su hermosa dormida; bien hubiera querido el jóven cerrar los ojos ó volver la cabeza, pero un encanto divino se lo impidió.

—Ella tambien era rubia, decia, y una lágrima lentamente formada cayó sobre la desnuda mano de Berta.

Abrió Berta los ojos y su despertar fué una sonrisa. Pero sintió muy cerca de su oido los latidos del corazon de Leon, y confusa se retiró á un rincon de la berlina: pero á semejanza del salvaje de la antigüedad, al huir lanzó al jóven una mirada que trastornó toda su alma.

Ni uno ni otro se atrevió á romper el silencio, y hasta mediodia permaneció Berta en su rincon, inmóvil como una virgen en su nicho.

A esta hora se tomó una taza de leche caliente en Florac, mezquina subprefectura situada junto á un arroyo entre dos racimos de colinas. Por la tarde se avistó á Mende con su puntiagudo campanario en el fondo de una llanura, nido de hombres abierto en un hueco de montañas. A la salida de esta humilde capital de la Lozere, Leon y Berta se apearon, dejando detrás á la diligencia que subia las cuestas mas despacio. Apartaba Berta los guijarros con el cuento de su sombrilla, y Leon silbaba entre dientes. Tropezó Berta en una piedra: ¿seria por casualidad? un grito de pajarillo asustado salió de sus labios. Lanzóse Leon y la cogió del brazo: ella se dejó conducir, y tomaron un sendero florido que cortaba el camino.

Cuando volvieron al vértice de la montaña se volvieron y miraron á sus pies: como una hormiga se arrastraba la diligencia por la pendiente.

—Allá abajo está el Languedoc, dijo Leon inclinando su cabeza á la derecha.

—Y allí la Provenza, dijo Berta inclinando su rosado dedo hácia la izquierda.

¿Está ella en Languedoc? dijo la jóven con una expresion indefinible en la voz y en la mirada.

—Sí, repuso Leon, en una quinta cerca de Narbona.

—¿Es bonita? preguntó su indiscreta compañera, que como todas las mujeres, lo primero que inquiria era la figura, homenaje involuntario que explicaba el soberano poder de la belleza.

—¡Bonita! exclamó Leon; divina como los ángeles.

—¡Ah! repuso Berta, tronchando una margarita con su sombrilla.

—¡Bonita! prosiguió el entusiasmado jóven; era una niña: diez y siete años escasos; cabellos rubios como los vuestros.

Berta se sonrió.

—Rasgados y expresivos ojos, dulces como los vuestros; manos mas blancas que la azucena, y ese mismo encantador atractivo que en vos resplandece... ¡Y me preguntais si mi Enriqueta era bonita!... ¡Mas ay! he perdido ese tesoro!

Berta se acercó.

—Le recobrareis, dijo, y se tropezaron sus manos y ya no se separaron.

—¿Y él, está en Provenza? preguntó Leon á su vez.

—Estaba, contestó Berta, filtrándose una lágrima entre sus párpados.

—¡Le amábais mucho!

—¡Si le amaba! ¡ah! señor, como vos amábais á Enriqueta.

—¡Ah! exclamó Leon.

—Tenia yo diez y ocho años cuando me casé con Eduardo. Pero Dios no quiere que la felicidad resida en la tierra á fin de que no se olvide el cielo. Me la ha arrebatado y tras ella ha volado mi corazon.

Leon se acercó otro poco:

—Me deciais que esperara; esperad vos tambien: Dios nos reserva dias felices.

—A mi, dijo, á mi no; á vos tal vez puesto que ella vive.

—Está casada.

—¡Casada!

—Su padre la ha entregado á un propietario del país: ha llorado mucho, pero á los diez y siete años se olvida aprisa, y ya se sonreia cuando su madre la condujo al altar. Yo estaba enfermo, y mi padre me hizo poner en camino, creyendo que un viaje me curaria.

—¿Y dónde vais?

—A París.

—Como yo.

—Me hablareis de *él*.

—Y yos de *ella*.

—¡Al coche! ¡al coche! gritó el postillon que salvaba las asperezas de la cuesta.

—Tan pronto, dijo Leon involuntariamente, Berta no dijo nada, pero suspiró.

Tendiéronse sobre los valles las sombras de la noche. Las abubillas despedian sus melancólicas notas en los añejos troncos de los nogales: sentiase un viento frio, porque no estaban ya bajo el tibio cielo de Languedoc. Berta temblando se arropó con su chal, cerró los cristales y cruzó sus manecitas sobre el corazon.

—¡Oh! qué frio hace! dijo.

—Tomad mi capa, exclamó Leon sacándola.

—¿Y vos?

—Para nada la necesito.

—¿Con esa levitilla y estando casi enfermo?

—Me siento mucho mejor.

—No importa: seria una locura que no permitiré.

—¿Rehusais?

—Sin duda alguna.

—Pues bien, yo tampoco la usaré.

Los viajeros se volvieron la espalda; pasó una hora sin que ni uno ni otro diese señal de vida, y entre tanto, la capa yacia entre ambos. Cuando se figuró que Berta estaria dormida, levantó Leon la capa con cuidado y la echó sobre los hombros de su compañera: mas esta que sintió la accion, hizo un movimiento y dejó caer la capa.

—No quiero, dijo con una vocecilla imperiosa que el frio tornaba tiritona.

—Pero si sufrís.

—¿Qué importa? no soy egoista, y no quiero que os resulte perjuicio por mi causa.

—Tomad ahora la capa y luego veremos.

—Pues bien, dijo accediendo, consiento, pero con la condicion....

Leon comprendió antes de que se atreviese á terminar su frase y la dió gracias con una mirada: antes de trascurrir un minuto, Berta y Leon se guarecian con la misma capa, como Pablo y Virginia. Pero no estaban serenos y risueños como Virginia y Pablo: sentia Berta los latidos del corazon: imágenes confusas cruzaban por delante de Leon con la indecisa claridad de la noche. Quedaba la mano de su compañera prisionera entre las suyas, no se atrevia la jóven á retirarla, y corrientes eléctricas que brotaban de su blanca mano pasaban á las venas de Leon. Levantó este la mano y la apoyó en su corazon: estremecióse Berta y así quedaron entrambos inmóviles y mudos aguardando el dia sin desearle tal vez. Sombra de Eduardo, recuerdo de Enriqueta; ¿dónde estábais entonces?

La diligencia de Clermont-Ferrand pasa algunas horas en Saint-Flour, pueblecillo de Auvernia situado en lo alto de una montaña. Era domingo, y la poblacion campesina aunaba los negocios del mundo con los de la religion pasando de la catedral á la plaza del mercado, donde se vendian los granos y comestibles.

Y corrieron las calles de Saint-Flour, apoyada Berta en el brazo de Leon, y como iban hablándose quedo y unido el pensamiento por medio de la mirada, dos lugareños dijeron al pasar con rústica buena fé.

—¡Miren qué novios tan guapos!

Berta y Leon se pusieron como cerezas, y como pajarillos asustados cesaron de charlar.

De Saint-Flour á Clermont-Ferrand, el país cortado es favorable para pasear; así que en estos sitios es muy frecuente hallar trepando cuestas lindas, viajeras que hablan de París.

Esto mismo hicieron Leon y Berta adelantándose á la diligencia. Bebian leche caliente en las cabañas, comian nueces por el camino, recogian flores, y así que habia cansancio, volvian á subir á su berlina, donde el amor trepaba con ellos.

Al apearse en Clermont, lo primero que hizo Leon fué ir á tomar los tres asientos del coche para París, y volvió mas ufano de su conquista que un rey de una provincia ganada. No le riñó mucho Berta y se pusieron en camino.

Dos dias despues llevó el correo las dos cartas que á continuacion copiamos, una á París y otra á Narbona.

Fontainebleau 30 de Setiembre de 18...

«Mi querida madre: no os inquieteis de que aun no esté en París y en vuestros brazos como yo deseo, pero en un camino no puede hacerse todo cuanto se quiere. Mejor me comprendereis cuando sepais que ha faltado poco para que pereciésemos todos al entrar en Nevers. Gracias al cielo, no me ha costado mas que una caja de sombrero que cayó al rio y hemos tenido que pasar la noche en una malditísima posada. Al dia siguiente me puse en camino creyéndome bastante fuerte para llegar de un tiron á París; pero el susto habia sido demasiado grande, y no he podido pasar de Fontainebleau. He tenido que detenerme pensando que me repondrian dos ó tres dias de descanso. Me siento muchísimo mejor, y el ejercicio y el aire libre me han restituido algo de la salud que habia perdido. Hasta la vista, madre mia, que será muy pronto. Vuestra presencia no mas, querida madre, puede endulzar los pesares de mi vida.

«Una y mil veces os abraza, vuestra amante hija.

BERTA TUBENAL.

Fontainebleau 30 de Setiembre de 18...

«Querido padre: con placer recibireis la noticia de que mi viaje se ha efectuado con la mayor felicidad, excepto un incidente cómico ocurrido en las cercanías de Nevers; hemos volcado bonitamente, y en la jarana he perdido un guante. Ya estaria en París, si al atravesar por Fontainebleau no me hubiera seducido la belleza de sus bosques. Como acaso no hallaré ocasion mas propicia de enterarme de las curiosidades de este país, me he detenido unos dias. No tengo prisa y ya echo de ver que tenia razon vuestra experiencia cuando me aconsejaba un viaje como el remedio mas eficaz de mis males. Todavía sufro mucho y sufriré largo tiempo, pero siquiera el movimiento ha calmado la agitacion de mi corazon. Dentro de dos ó tres dias partiré y escribiré mas largo desde París. Os abraza tiernamente vuestro afectísimo hijo

LEON DE ARTIGUES.

Debemos suponer que la mansion de Fontainebleau estaba llena de encantos porque Leon y Berta no llegaron á Paris hasta el 5 ó 6 de Octubre, esto es, algo despues de lo que habian anunciado.

Todo marchaba perfectamente, y los dos amantes habian llegado á ese punto supremo en que la ventura presente mata la idea del porvenir y el recuerdo de lo pasado, hasta que una carta de M. Artigues vino á destruir todos los encantos de su dicha.

El padre de Leon era hombre prudente, que penetrara desde luego que el dolor se extinguiera en el alma de su hijo; habíale dejado nadar algun tiempo en las delicias infinitas de la independencia y del amor, reservándose el llamarle para cuando el jóven aturdido, extraviado en el océano parisiense, tuviera el capricho de aventurarse demasiado.

Este dia llegó por fin, y Leon corrió á casa de Berta, pálido, fuera de sí.

—¿Qué teneis, le dijo la jóven que estaba sola.

—Mirad! exclamó alargándole la carta.

—¡Oh, Dios mio! dijo despues de leer, cayendo sobre su sofá.

Pero á los 19 años duran poco los desmayos, los síncopes requieren la experiencia y madurez de las mujeres de treinta años.

—¡Y vas á obedecer! dijo la jóven abriendo los ojos.

—Me quedaré, contestó Leon enérgicamente.

—Todos los padres son tiranos, repuso Berta frunciendo el ceño.

—Y el mio en particular, continuó Leon. Me despide de Narbona contra mi gusto, y me llama cuando deseo quedarme en París. Pero veremos.

Una vez lanzados en esta senda, no tardaron los dos amantes en comprender todas las teorías sobre la legitimidad de la insurreccion, y se acordó por unanimidad oponer la resistencia al abuso del poder.

Pero cuando se trató de redactar la carta de protesta, alcanzó Leon las dificultades de su situacion; no tenia razon plausible que alegar, y M. de Artigues por su parte habia expuesto media docena excelentes.

En vez de protestar contra la autoridad, trató Leon de eludirla: agotó todo el arsenal de enfermedades, de viajes y negocios para retardar su marcha. Esto duró mas de dos meses, y M. de Artigues que era zorro viejo, no se daba prisa: sabia que el tiempo gasta la resistencia.

Cuando no tuvo Leon pretexto que imaginar, se resolvió á tomar el billete de la diligencia. Fué dia de lágrimas y desesperacion; pero al cabo partió y lo menos que se prometieron Berta y él fué amarse eternamente.

No hacia parada la diligencia donde Leon no escribiese un billetito, y ya se adivina á lo que todos se reducian.

Tres meses se adoraron por el correo á razon de noventa céntimos por juramento de amor.

—Es una llama que me cuesta 27 francos al mes, decia M. de Artigues; en conciencia no tengo derecho para enfadarme.

Llegó un dia en que faltó la carta, y la misma tarde, departiendo con su hijo, le preguntó M. de Artigues si le pesaria casarse.

—¡Yo! exclamo el jóven con terror.

—¡Oh! no quiero nada por fuerza... harás tu gusto... habia pensado en la señorita Eulalia D...

—Esa jóven que tiene tan hermosos ojos!...

—La misma; y cien mil escudos de dote. La verás y resolverás. Si te agrada, te caso; si no, no hablaré mas del asunto.

Narbona es una ciudad poco recreativa. En bailando dos veces en invierno en casa del *maire* ó del subprefecto, en matando cuatro ó cinco perdices por otoño y fumando media docena de cigarros por dia, se cierra la cuenta de los placeres, se vacia la copa de las distracciones. En provincia se casan muchos por ocuparse en algo.

Berta habia ido á Dieppe y no escribia. Leon tuvo unos negocios en Marsella y se ahorró el trabajo de contestar.

—¡Oh! cuánto me alegraria de ir á Italia este verano, dijo una noche la señorita Eulalia mirando á Leon.

© Biblioteca Nacional de España

—De tí pende el acompañarla, insinuó M. de Artigues á su hijo.

Dos meses despues se cruzaban dos cartas por el camino de Paris. Leon se estaba atando la corbata blanca de ceremonia, cuando leyó lo que sigue:

«Madama B. tiene el honor de daros parte del casamiento de su hija madama Berta de Tubenal con M. C...»

La otra llegó á manos de Berta á su regreso de la iglesia, decia así:

«M. de Artigues tiene el honor de participaros el enlace contraido por su hijo, M. Leon de Artigues, con Mlle. Eulalia D...

Sonrióse Leon tristemente. Un prolongado suspiro, último adios consagrado á un amor extinguido, inflamó su pecho, una lágrima humedeció sus párpados y dijo para sí.

—¡Era un corazon excelente, Dios la haga dichosa!

Berta estrujó la carta con despecho, y sus lindas cejas se fruncieron un instante; en seguida una dulce sonrisa animó sus labios y restituyó á su rostro la mas graciosa expresion. Estiró la carta, la volvió á leer, y como un eco del pensamiento de Leon, murmuró su boca muy quedito:

—¡Era un excelente joven! ¡Dios le haga feliz!

M. C.

LA FLORIDA.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR M. MERY,

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR LA SRTA. D.ª ISABEL CAMPS ARREDONDO.

I.

Las escenas mas trágicas del mundo, suceden en el Océano, sin mas testigos que el sol, las estrellas ó los pájaros viageros.

Cuando el *Malabar*, navío de la compañía holandesa, se sumergia en el golfo Indico, ninguna mirada humana vió esta escena de desolacion: los pasageros y el equipage habian sido lanzados al agua, y solo el capitan que no quiso abandonar su pabellon, fué devorado por las llamas, sorprendiéndole la muerte inclinado sobre el mapa, con el dedo fijo sobre el décimo grado de latitud, hácia la isla de Socotora.

La mar estaba muy agitada: el viento soplaba con violencia, por eso la tripulacion y los pasageros, cuyas vidas confiaron á las chalupas ó á pequeñas balsas improvisadas, fueron casi todos sumergidos á poca distancia del navío incendiado. Una sola de aquellas balsas, defendida por su solidez ó por la providencia, resistió el oleage, hasta el ocaso del sol: despues de un terrible y último golpe de viento, el espacio recobró su serenidad, envolviéndose el huracan en las nubes de púrpura del horizonte, como un obrero que ha concluido un trabajo y se entrega al descanso.

Tres seres vivientes, los solos escapados del incendio y del naufragio, sintieron en sí alguna esperanza, cuando los últimos rayos del sol, se dilataron sobre una mar en calma.

La balsa favorecida y ayudada de algunos pedazos de madera, puestos á manera de remos y de timon, podia tomar alguna direccion.

De los tres pasageros refugiados en esta balsa, dos podian conducirla á la casualidad, con la brujula de la Providencia, pues ni un átomo de tierra se descubria en el horizonte. La tercera era una jóven que parecia abatida por el sufrimiento mas que por el terror.

La fisonomía de los dos hombres revelaba la calma enérgica, que sabe resignarse á la muerte luchando con ella: atravesaban una de esas crísis, en que la accion reemplaza á la palabra, y en que los golpes de remos son mas elocuentes que los mejores discursos.

A la desesperada lucha de estos desgraciados contra el mar sucedia un silencio aterrador.

A su rededor se estendia la mas inmensa soledad del Océano, círculo infinito, cuya balsa era el centro.

El último rayo del sol, se dilataba sobre las aguas despues la superficie de aquel desierto, tomó súbitamente un tinte de ópalo que no conservó sino algunos momentos.

El rápido crepúsculo de las regiones equinocciales, solo permitió á los viageros, lanzar una mirada circular hácia riberas invisibles; luego cayó la noche rudamente con sus sombras y sus terrores.

Los dos hombres continuaron remando con tal destreza, que parecian tener la costumbre de la vida del mar.

Sus miradas consultaban con frecuencia la brújula celeste, de la cruz del Sur, y la luz de la esperanza reanimó sus agotadas fuerzas, cuando apercibieron que una corriente favorable mas rápida que la accion de los remos, les empujaba hácia las costas de Africa.

La jóven, tendida en un lecho formado de telas embreadas, dormia con ese sueño pesado que produce la fatiga, el dolor y la desesperacion.

Si algun inteligente observador, hubiera visto la actitud de los dos náufragos en aquellos momentos, y sobre todo, escuchado las primeras palabras escapadas de sus labios, despues de un silencio de diez horas, hubiera reconocido en aquellos dos seres, caractéres poco comunes y á propósito, para asociarse en los azares de una vida llena de peligros.

De los dos actores de esta marítima escena, el uno era un jóven de veinte y seis años; el otro de treinta y siete: este fué el primero que rompió el silencio.

—Hacemos ahora un rudo y áspero oficio, mi querido Loredan, dijo dejando caer el remo sobre el borde de la balsa: no sé si la vida vale la pena de defenderla á este precio.

—Es que tenemos que defender la de esta jóven.

—Sí, eso precisamente me habia ocurrido tambien.

—Sir Edward, sois demasiado generoso, para no hacer mas que la mitad de una buena accion. Habeis arrancado á esta jóven del fondo del mar; y acabareis vuestra obra.

—Es cierto, no deseo otra cosa: salvándola nos salvamos: hay con frecuencia mucho egoismo en las buenas acciones de los hombres. No me hagais mejor de lo que soy.

—Hablemos mas bajo para no despertarla.....

—Duerme con una confianza en nosotros que es preciso justificar.

Loredan, vos que teneis buen ojo y buen olfato ¿no entre-veis el Africa al Oeste? Veo que vuestra nariz interroga el viento.

—Sí, sí..... hay perfumes de tierra en el aire.... valor Sir Edward, la costa no está lejos.

—¿Pero qué costa, mi querido Loredan?

—Qué nos importa con tal que sea una costa.

—Teneis razon: al menos no remaremos mas. No conozco nada de este pais: si estuviéramos en la Bengala, no me equivocaria en medio grado; pero esta parte del globo me es completamente desconocida.

—Ó mucho me engaño, Edward, ó no estamos lejos de los surgideros de Agoa.

—De Agoa! de Agoa.... un nombre nuevo para mi..... y estoy avergonzado de habitar durante treinta y siete años en una ciudad tan pequeña como la tierra y no conocer la calle de Agoa.... ¿Y para vos Loredan es pais conocido?

—No conozco de él, ni una mata de yerba ni una gota de agua. Este es un nombre que noté ayer en el mapa, cuando seguia con la vista la direccion del dedo de nuestro pobre capitan y las puntas de su compás.

—Ah! Y eso es todo cuanto sabeis de este pais!

Sir Edward miró las estrellas y siguió remando. Nada descubria en él, la mas pequeña señal de emocion; y si á su nombre unimos su apellido de familia Keerbs, habremos designado al intrépido viagero, conocido ya de algunos de nuestros lectores y que tan gratos recuerdos ha dejado en la India.

El cambio súbito de la noche al dia, fenómeno de las regiones equinocciales, descubrió á los ojos de nuestros náufragos, una tierra muy próxima: era en efecto la inmensa baia de Agoa.

Al descubrir nuestros viageros este seguro abrigo, no manifestaron su alegria con ninguna demostracion frenética, como sucede en tales casos. Diriase que miraban este socorro, como una deuda que la providencia les pagaba.

Es verdad, que las almas muy contrariadas, dominan sus impulsos de alegria ó pesar, y no dejan rellejar nada en su rostro.

La corriente empujaba la balsa, como una mano invisible.

A medida que la costa se elevaba de la superficie del agua, se adornaba de una verdura deslumbradora y animaba los ojos de los viageros, prometiéndoles todos los tesoros que dan las sombras: aguas dulces y dulces frutos.

La bahía de Agoa, tranquila como un lago indiano, parecia abrir sus brazos circulares para acoger á los náufragos, como una madre que sentada en la ribera llama á sus hijos.

La luz de la aurora era tan dulce sobre las aguas en calma de la bahía; las palmeras se inclinaban con tanta gracia, sobre las dos orillas; los pájaros cantaban tan alegremente entre las hojas; que los náufragos no concibieron ninguna sospecha al pisar aquella tierra desconocida.

Era imposible, que una naturaleza tan encantadora, les acogiera bien, para engañarles despues. Tal suposicion hubiera sido una ofensa, al golfo de flores que les salvara de las aguas.

La balsa se detuvo ante su muelle natural, cubierto de aterciopelado musgo y sombreado de palmeras. Al pisar nuestros náufragos, aquella tan deseada tierra, se entregaron á grandes trasportes de alegria.

La jóven seguia dormida y los jóvenes no se atrevieron á despertarla, dejándola saborear hasta lo último, ese supremo remedio que la naturaleza ha infundido en el sueño que cura los males del cuerpo y del alma.

Amarraron la balsa á la raiz saliente de un árbol y formaron con las ramas, sobre el lecho de la jóven, una preciosa alcoba cuya movibles cortinas, estaban cargadas de flores y de pájaros.

Los guardadores de este sueño, de pié, en la orilla, contemplaban á la jóven, la mas arrebatadora que se haya dormido jamás, en un bosque de palmeras, arrullada por el canto de los pájaros y el murmullo de las fuentes.

Este cuadro que pertenecia á una naturaleza primitiva, recordaba una escena de los primeros tiempos, cuando las familias errantes, solo habitaban en los bosques ó en las aguas: á la luz del sol ó de las estrellas.

Nada en el trage de los náufragos, demostraba que pertenecieran á los habitantes de nuestro mundo de hoy: el mar los habia destrozado, como pudiera hacerlo un pirata.

La negra cabellera de la jóven, empapada en agua, se estendia bajo su cabeza, como una almohada de ébano, haciendo resaltar la blancura de su frente y lo rosado de sus megillas. Su cuerpo estaba envuelto en un monton de telas informes: los dos hombres que contemplaban aquel divino rostro, parecian esperar una resurreccion mas bien que un despertar.

Sir Edward tenia una de esas organizaciones singulares, que tienen el pudor de la sensibilidad: hay seres que se avergüenzan de una buena accion, como otros de un crimen, y tienen sumo cuidado en ocultar sus nobles sentimientos.

La palabra de estos hombres, vá envuelta en una burla continuada, que desconcierta al mas hábil observador que quisiera sorprender el tesoro de bondad relegado en el fondo de su corazon. Pero hay momentos solemnes en la vida, en que la mas comprimida ternura, se manifiesta por un gesto, una mirada, una lágrima.

—Pobre jóven! dijo Sir Edward, cubriéndose los ojos con la mano; esperada en el cabo del Africa por la familia de su futuro esposo! Qué camino de bodas! Cuánto mejor fuera que durmiera siempre!

Despues de estas frases dichas en voz baja y melancólica, Sir Edward, como arrepentido de aquella espansion, prosiguió con indiferencia:

—Es que mi querido Loredan, no se vá en balsa á la ciudad del Cabo, donde Malle. Rita es esperada.

Quisiera encontrar una casa sólida, de piedra ó madera, pero es inútil buscarla. Este es un desierto encantador en verdad, pero que sufre la equivocacion de no estar habitado.... Loredan, vos que estudiais los mapas, ¿habeis notado al rededor de la bahia de Agoa, alguna señal de poblacion humana ó salvage?

—En el mapa no hay ni la mas pequeña sombra al rededor de Agoa: un blanco compacto y desesperante.

—Oh! sino fuéramos mas que vos y yo, por nada me inquietaria ese blanco espacio: ya me he visto en otros durante mi vida. Y me atreveria á fundar con uno de mis amigos una ciudad en un desierto indiano poblado de tigres.... pero no teniendo con nosotros esta pobre huérfana, género encantador en una ciudad; pero muy pesado aqui.

—Esta jóven es quien me ata á la vida, dijo Loredan de Gessin con voz misteriosa.

Sir Edward le miró fijamente y despues de un momento le dijo:

—Ah! Es claro..... en efecto..... ya habia yo notado cierta inclinacion hácia la hermosa pasagera á bordo del *Malabar*.... mi querido Loredan, os pido perdon por haberle salvado la vida: os he robado esa buena accion; pero nada temais, no reclamo ninguna recompensa. Al contrario, pondré este beneficio por cuenta vuestra: esto es generoso, es verdad?

A su vez miró Loredan á su compañero, con la misma figeza; pero con esa expresion de amigable tristeza, queja muda del hombre desgraciado, que no es comprendido.

—Estos diablos de franceses, prosiguió Edward, todos se parecen. En medio del Océano hambrientos y durante una penosa navegacion, se enamoran de las jóvenes que van á casarse! Y convengo Loredan en que esta vez os ha favorecido la casualidad admirablemente. Ese pobre tio, M. Tomás Clifton, que conducia á su sobrina Rita á la ciudad del Cabo, pereció en nuestro naufragio: la jóven y bella huérfana se salvó de las aguas por vuestro arrojo: no hay en toda la bahía de Agoa ni el mas pequeño brik en franquía para *Cape Town*: estamos en un desierto y por consiguiente obligados á fundar un pueblo para nosotros. Todo esto justifica el amoroso sentimiento nacido á bordo del *Malabar*: ayer os equivocasteis, hoy teneis razon. No se puede ser mas afortunado en una desgracia. Malle. Rita, no ha visto nunca á su futuro esposo de *Cape Town*, y no le será difícil olvidarle.

Loredan sacudió melancólicamente la cabeza, y guardó ese silencio que exige una pregunta.

Sir Edward tomó una galleta, la partió y ofreció la mitad á su amigo.

(*Se continuará.*)

REVISTA DE CADIZ,

EL DENGUE.—CARROS FÚNEBRES.

Al tratar de emprender una revista de nuestra localidad es imprescindible el que en primer término nos ocupemos del *Dengue*, palabra que cien veces cada dia se oye salir de todas las bocas, y duende familiar que visita todas las casas sin excepcion, por mas que en ninguna de ellas sea bien recibido.

Pero las personas que viven fuera del círculo de las poblaciones á que hasta ahora ha alcanzado su influencia, podrán acaso preguntarnos: «¿Y qué es el Dengue?» Vamos á satisfacer su legítima curiosidad.

El Dengue es una enfermedad nada grave en sus resultados, pero mucho mas molesta que peligrosa. La fiebre es por lo general intensa, los dolores de cabeza y de cintura fatigan en extremo al paciente, el cual en muchos casos experimenta naúseas y hasta vómitos. Como no vamos á hacer aquí una descripcion de la sintomatológia del mal, pues esto seria inoportuno en un periódico de la naturaleza del nuestro, no iremos mas allá, limitándonos á decir que á los dos ó tres dias cede por lo comun la fiebre

© Biblioteca Nacional de España

y se entra en la convalecencia. Sin embargo, la tal convalecencia es penosa como ella sola, y dificilmente se concibe que proceda de una enfermedad tan breve.

Ahora bien, un mal que á tantos alcanza, y en el que no hay que lamentar consecuencias funestas, lo mejor que puede hacerse, y lo que en efecto se hace, es tomarlo á broma como quien dice. De aquí los varios nombres que desde luego se le impusieron, entre los cuales el que ha logrado generalizarle mas ha sido el *Dengue* aunque otras personas le denominan tambien *lo que anda*, y algunas *no me iré sin verte*, como por via de vaticinio de que á la larga ó á la corta nadie, en concepto de las tales, habrá de escapar. Ello podrá no tener fundamento semejante opinion, pero la verdad es que se van saliendo con la suya.

El asunto, como se ve, no ha sido aquí tratado nada en sério, porque en efecto no lo merece, y sin embargo, ha habido poblaciones en las que se ha pretendido difundir una alarma que en la nuestra ni ahora existe ni jamás existió; al que era y es simplemente un perrillo faldero, cuyas mas iracundas dentelladas apenas rozan la piel, se le ha querido hacer un tigre de Bengala que todo lo destroza y que nunca se sácia con la sangre de sus víctimas; suponiase que en Cádiz se habia desarrollado una mortífera epidemia, parienta muy cercana de la fiebre amarilla, y acaso la misma fiebres algo degenerada. ¡Horror! ¡Espanto! ¡Consternacion! Dióse por la prensa la voz de alarma; se pensó en tomar medidas, y grácias que no faltaron personas prudentes que aconsejasen que ante todo convenia averiguar el grado de verdad ó de exageracion de los tales relatos. La cosa era fácil; no habia mas que comparar los estados diarios de las defunciones en estos dias con los de otras épocas sanas, y de esta comparacion no podia menos que resultar que la mortandad es hoy la misma absolutamente que en aquellas, puesto que es la que debe corresponder á la poblacion fija y flotante de Cádiz. Además, ¿hay quien de buena fe pueda creer mortífera á una enfermedad que es llamada el Dengue por los mismos que la padecen? ¡Semejante nombre no dice ya lo bastante respecto al poco temor que inspira?

Pero dejemos ya este asunto, y pasemos á otro, que por fortuna no está ligado para nada con los resultados del mal de que acabamos de ocuparnos. Este asunto es el de los carros fúnebres que una empresa particular ha hecho venir de Paris, y que dentro de breves dias, segun tenemos entendido, se anunciarán al público.

Sabido es que apenas hay ya poblacion importante de España en la que los carros fúnebres, no solo no se hayan introducido hace tiempo, sino donde su uso no se encuentre generalizado, á términos que esta sea la única manera admitida para la conduccion de los cadáveres. Existen allí pues de estos carros que se acomodan á los medios pecuniarios de todas las familias y desde los mas sencillos hasta los mas suntuosos pueden escogerse tales como se quiera, en la seguridad de que los queridos restos que han de encerrar, serán conducidos en todo caso con decencia y decoro á su última morada.

Esto por desgracia no sucede aquí sino de una manera excepcional. Los féretros y las cajas mortuorias son llevados á hombros por cargadores, especialísimos tipos que á nada se parecen, y á los que además se les viste para estos casos de la manera mas extravagante y ridícula. Aquellas especies de hopas, que un dia fueron negras, y que dejan ver por su estremo unos súcios pantalones de indefinibles colores, así como unos zapatos correspondientes al resto del equipo, calzados sobre la desnuda piel; aquellos gorros desteñidos de algodon, que sirven de remate á una cara con barbas de quince dias; todo aquello, en fin, tiene mucho de indecoroso y de nauseabundo, y á no ser por las ideas graves y terribles que siempre despierta la muerte, diriamos que en lo que toca á la manera actual de conduccion, pocas cosas serian capaces de dar mayor pábulo á la irrision.

Por otra parte, siguiendo este sistema, los dolientes y los amigos no acompañan en rigor el cadáver al cementerio. Los coches siguen un camino, y por otro distinto se conduce á aquel al cementerio, como pudiera llevarse un bulto cualquiera de mercancías, y eso con tales traspieses de los cargadores, que á distancia parece esquife con mar de fondo. Solo la costumbre inveterada y constante es la que puede hacer que no se despierte la mas legítima indignacion al contemplar ciertos espectáculos, que con harta frecuencia se observan en este mal sistema de conducciones.

Como esto está en la conciencia de todos, las familias á quienes sus medios se lo permiten, hacen conducir los cadáveres de las personas de su cariño á hombros de sus própios criados; pero semejante arbitrio no es cosa que puede nunca generalizarse, resultando de aquí que solamente el establecimiento de carros fúnebres es el que puede hacer que desaparezcan los graves inconvenientes que hemos señalado.

Así se ha comprendido en todas partes, y así, á pesar de la prevencion con que siempre se recibe lo nuevo, lo inusitado, se ha concluido por admitirlo, y hasta por darse por muy satisfechos de su adopcion.

Tal esperamos suceda en Cádiz, y tanto mas cuanto que los carros que han llegado ya, y que hemos tenido ocasion de ver, reunen á la conveniencia de las formas con su objeto, el gusto mas esquisito, sin que este desmerezca nada ni aun en las clases mas inferiores. El carro de primera para personas adultas, es de lo mas rico, de lo mas suntuoso que es posible imaginar, así como todos sus adherentes; los caparazones y arneses de los caballos, las libreas galoneadas, los cordones de plata de los conductores, los magníficos plumeros; todo ello es verdaderamente régio y superiormente confeccionado. Otro tanto diremos del carro para las jóvenes y niños, y descendiendo en la escala de las clases, en todas se nota el carácter grave, decoroso, severo, que revela el uso á que están destinados aquellos vehículos.

La empresa, que no ha retrocedido ante los exorbitantes gastos que ha tenido que sufragar, tiene el pensamiento de presentar en exhibicion sus carruages para que el público pueda juzgar de ellos, al propio tiempo que anuncie hallarse estos ya en disposicion de prestar su servicio.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL DIA DE LOS DIFUNTOS.

ALGUNOS PENSAMIENTOS SOBRE ESTE DIA.

Todo muere en la vida
Donde todo ha nacido:
Muere el amor que en nuestro ser se anida,
La esperanza que el bien nos ha ofrecido,
La ilusion que jamás el hombre alcanza,
Y ¿quién en este mundo no ha perdido
Su amor, ó su ilusion, ó su esperanza?
Mueren en este mundo aquellos seres
Que nos dieron el ser y nos guiaron;
Y mueren las mujeres
Que á nuestro amor el suyo confiaron;
Muere aquel ser que de nosotros nace,
Y el hermano querido
Hoy *es*, mañana *yace*.
Y ¿quién habrá entre todos los humanos
Que no llore perdido
Un padre, una mujer, hijos ó hermanos?
Pues bien, hoy es el dia
Que celebran los muertos, silenciosos;
Porque en ellos no cabe la alegría,
Le quieren celebrar con el reposo.
Pero la sociedad que no cree ciertos
Tales hechos, ó al menos los olvida,
A festejar los muertos nos convida,
Y alegre acude á visitar los muertos
Hasta su misma habitacion, la vida.
Y allí van corazones descreidos
Agenos al dolor y á todo agenos,
Y allí van corazones corrompidos
A corromper los corazones buenos;
Y en aquella mansion donde debia
Reinar la paz de los sepulcros, vemos
Reinar la animacion y la alegría.
Y es, que afanosos de gozar corremos
Siempre tras del placer, y de esta suerte
Buscamos distraccion hasta en la muerte.
Tú, juventud donde el vigor se anida,
No busques el amor en donde mueren
Todas las ilusiones de la vida.
Y si hácia allí tus pasos dirigieren
Esperanzas de amores,
Abandona á este guia,
Que no es nunca sincera la alegría
Que te lleva á gozar entre dolores.
Quien dá citas de amor en donde mora
Tristeza y luto, do angustiada llora
La madre por el hijo que ha perdido
Ó el hijo por la madre que no existe,
Donde el que luto en su exterior no viste
Lleva de luto el corazon vestido,
Ese el amor que siente
No es el amor hermoso y noble y bueno,
Pues aumenta inclemente
La amarga pena del dolor ageno.

Las almas que allá el cielo
En sus fulgentes ámbitos encierra,
Piden á Dios consuelo
Para todas las almas de la tierra.
Cuando ellas con nosotros estuvieron
Por otras almas con afan pidieron.
Ahora por los que son al Señor ruegan:
Roguemos al Señor por los que fueron.

JOSÉ C. BRUNA.

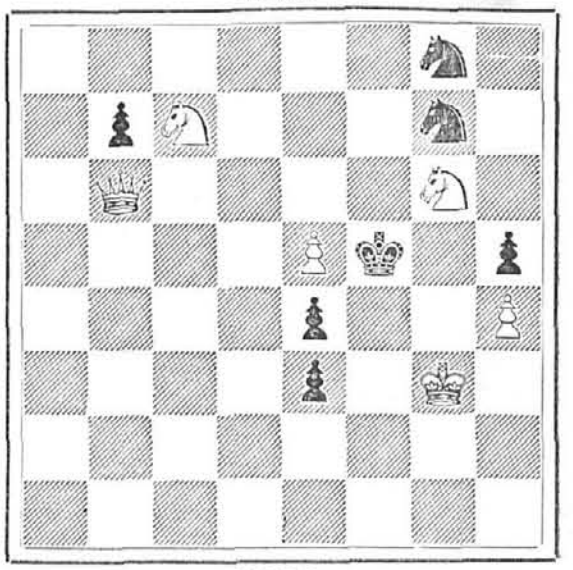
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 21, POR EL SEÑOR ZAMORA.

	Blancas.	*Negras.*
1.ª	A. 7.ª T.R.	R. juega.
2.ª	T. 6.ª C.R.	R. 4.ª R. ó (A) (B)
3.ª	Peon de C.R. un paso.	R. 4.ª A.R. (la mejor).
4.ª	R. 6.ª R.ª	R. juega.
5.ª	T. 4.ª C.R. Jaque doble á la descubierta y mate.	
(A) 2.ª	.....	R. 5.ª de R.
3.ª	R. 6.ª R.ª	R. 4.ª A.R. (ó si juega R. 5.ª A.R., las blancas responden á la 4.ª jugada: R. 6.ª R., y mate á la siguiente).
4.ª	P. de C.R. un paso.	R. juega.
5.ª	Con la T. jaque doble y mate.	
(B) 2.ª	.....	R. 4.ª A.R.
3.ª	R. 6.ª R.ª	R. 5.ª A. R. (la mejor).
4.ª	R. 6.ª R.	R. juega.
5.ª	T. 4.ª C.R. A la descubierta jaque doble y mate.	

PROBLEMA N.º 22, POR M. DE ZAMORA (DE ALMERIA).

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan las blancas y dan mate en 4 jugadas.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE MOARÉ ANTIQUE AZUL LAPISLÁZULI, CON LISTAS BLANCAS MUY ESTRECHAS.—Lo bajo de la enagua se guarnece con un volante de cañones muy gruesos, redondeados por arriba, huecos en el espacio plano que los separa, y orlados por una tira de moaré azul, fija por un boton grueso entre cada cañon. En el borde inferior, la tira de moaré va recta. Un encage blanco se coloca *en pié* en el borde superior del volante. Corpiño escotado; berta plana formada por una tira de moaré liso azul, puntiaguda por detrás, estrecha en los hombros, guarnecida por un encage blanco, cruzada por delante, y terminando por detrás en un lazo de hojas muy largas, cabos largos con enrejado. Mangas cortas guarnecidas como el volante.

TRAGE DE TAFETAN BLANCO, guarnecido con cinco bullones de gasa blanca de seda, separados por escarolados de tafetan rosa. Enagua de gasa blanca guarnecida con dos volantes encañonados, recogida en cada lado por guirnaldas de enredaderas de flor rosa. Coselete ó corpiño bajo de tafetan rosa, con un escarolado por arriba y otro por abajo; corpiño escotado de gasa blanca, enteramente plegado. Mangas cortas á bullones, adornadas con una presilla de enredaderas como las de la enagua. Prendido correspondiente. Gran albornoz de encage de lana negro.

Administraciones de La Moda Elegante.

La suscricion á este periódico puede hacerse dirigiéndose á las Administraciones siguientes;

MADRID, Don Cárlos Bailly Bailliere, librero de Cámara de SS. MM., plaza del Príncipe Alfonso (antes de Sta. Ana) n. 8.
BARCELONA, Don J. Casals, calle de San Honorato (tienda).
CADIZ, Don Federico Joly y Velasco, Torre 6.
SEVILLA, Don Manuel G. Zarzuela, Redaccion de la Andalucía.
NAVARRA y PAMPLONA, D. Enrique Uribarrena Enderi, calle de la Chapitela, n. 1, almacen de géneros de novedad para señoras. Dicho señor tiene tambien á su cargo las provincias Vascongadas.
ISLA DE CUBA, Don Benito Gonzalez Tárago, que tiene la Agencia central del periódico en la Habana, calle de la Habana, n. 26.

El precio del abono se halla fijado á la cabeza.
A los pedidos deben acompañarse libranzas de Tesorería ó de la Tutelar, ó bien sellos de telégramas ó de correos.
Las cartas que contengan sellos deben ser certificadas.
En las principales librerías del reino tambien se admiten suscriciones.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CÁDIZ 1864. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA; Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

n.° 44.

LA MODA ELEGANTE ILLUSTRADA

56 Rue Jacob Paris

© Biblioteca Nacional de España